

AL PIE DEL MONTE



Los siguientes textos figuran como introducción a una serie de relatos, que bajo el título de "Compañero de Viaje" publicará próximamente.

ORLANDO ARAUJO

I

AL PIE DEL MONTE

"El monte es tan elevado que se pueden coger las estrellas a sus pies".

LI PO

SIEMPRE HAY UN RIO

Mi casa mira hacia una quebrada que nace al pie del páramo y atraviesa el pueblo bajo la sombra de árboles familiares.

Me acostumbré a dormir con su rumor y fui creciendo a su lado, junto al puente de madera. Desde hace muchos años el puente y la casa ya no están. Anoche, sin embargo, volví a ellos: la luna brillaba como un sol, pero en silencio.

Miré correr las aguas bajo la sombra del puente y vi pasar un pez inmenso y solitario.

Fui al otro lado del puente, la luna dejaba ver la arena y se volcaba sobre rocas pálidas y mudas. Vi una vieja maleta de cuero en mitad de la corriente, estaba entreabierta y en su interior había objetos de uso diario: botas, espuelas y papeles. La reconocí por la tosca labor del artesano y por el desgaste de sus esquinas.

Era el equipaje de mi padre. Iba solo, aguas abajo.

LAS CASAS AL REVES

La niebla se queda siempre arriba, pero baja el agua y desciende la neblina y envueltos en ella vienen los parameños silenciosos y los bueyes con barbas.

Vienen del frailejón hasta el café como empujados; y con todas sus fuerzas se prenden de aquella tierra que cae verticalmente sobre el llano. Y así empujados desde arriba, vomitados por la niebla y perseguidos por cosas horrendas que esa misma niebla oculta, van a construir sus casas en las calderas que forman las montañas y las harán con las puertas hacia el páramo, al revés de como llegaron y de espaldas al llano como si el solo mirar les diera grima.

Las casas resbalan con el tiempo y entonces las vuelven a construir siguiendo la vertiente del primer arañazo. A jornada completa unas de otras, porque son gente solitaria de nacimiento y llamada por vocación, sólo que como las levantan en paredes de montañas que forman cuenco, las casas terminan por juntarse y hacer pueblo, allá abajo.

El pueblo sirve para dormir y escuchar misa, porque para trabajar y para hacer hijos prefiere siempre el campo abierto. Esto, en rigor, es absolutamente cierto en la etapa de los fundadores, que es la misma de los solitarios.

Uno de estos solitarios me enseñó los ejercicios de una caballería perdida en la montaña y me llevó de viaje por los caminos con neblina.

Sólo esto. Ni siquiera una etapa, ni siquiera una vida. Sino etapas y vidas en celaje arrancadas al camino, amontonamiento de piedras con cruz en el copete abierta hacia el páramo y como trepando.

Tal es la herencia irreversible: necesidad de levantar casa al revés de como vengo caminando y de frente a mi lugar de origen.

COMO LLEGAR

Desde Jajó, por la vía de Tuñame y Las Mesitas, o bien desde Niquitao, los caminos ascienden y se hacen uno solo a cuatro mil metros de altura. Los jinetes van unos tras otros guiándose, allí donde ciega la neblina, por el paso experto de la mula campanera, sabia en el andar. El páramo descende por una travesía larga hasta la boca del monte, donde una vegetación que sube fija su trinchera con los frailejones de hojas grises y flores amarillas.

Bajamos por el antiguo camino de los indios, escalonado en una espiral de roca con más de veinte vueltas, hasta alcanzar la selva de piso arenoso y descendimiento menos vertical. Allí abajo, en una oscura falda de cerro alumbra el puñal de una laguna. La laguna. Allí acamparon los soldados del General José Félix Ribas la víspera del triunfo en Niquitao y es bien cierto que en la noche de cada Viernes Santo se escucha en las riberas un toque de corneta. Se sigue descendiendo por faldas con espejería de lagunas mayores y menores hasta las lagunetas de junco y barro tibio con temblores de ojo ciego, chupadas de arcoiris y donde ladran como perros las culebras cuatronarices.

Salimos de la penumbra montañosa y friolenta, sin sol y sin cantos, a un paisaje abierto de montañas menores que se debilitan hacia un valle minúsculo surcado por aguas limpiísimas y heladas — aguas blancas — que caen desde el páramo y se escabullen entre cafetales, ansiosas de llano para detener la carrera.

Y en el encuentro de las aguas, allá donde las extremidades inferiores de los montes se juntan para formar un cuenco, allá está el pueblo: techos de teja, de palma y de zinc, calles de piedra y gentes de ver, oír y callar.

Allí encontré a mi compañero de viaje y viví con él, primero en una casa pequeña a la orilla de un río, después en una más grande, a la orilla de otro. Ya lo dije, las casas resbalaban hasta formar pueblo.

Cuando él vino con su padre y otros vinieron con él y con sus padres, la montaña los acompañaba cerrada y hostil hasta la vega misma donde

se habían detenido los primeros. Rastrojos y culebras y lluvia todo el año y en medio de todo, un hecho insólito: aquellas tierras eran libres y eran fértiles. Su mayor peligro era su mayor defensa porque las barreras del páramo de Niquitao y la fiereza de la montaña frente al llano, las habían guardado de cuatrocientos años de codicia.

Y las habían guardado para ellos, para los expulsados de la niebla, obligados por alguna razón poderosa a buscar un lugar de refugio y a construir un nuevo mundo.

LUGAR DE REFUGIO

Nadie llegaba hasta allí por el placer de viajar y nadie se quedaba si podía vivir en otra parte. Por aquel camino tortuoso de jornadas agotadoras se descolgaban trujillanos y merideños que por alguna razón no podían seguir en Mérida o en Trujillo; llegaban sin nada, los pies con grietas cubiertas por el barro, llevaban un hacha, un machete, un perro, una mujer a veces, y a veces ni mujer, ni perro, ni hacha. Pedían posada y los que habían llegado antes le daban posada y comida. Nadie preguntaba al recién llegado quién era ni de dónde venía, éste daba un nombre cualquiera, cortaba leña, buscaba agua, ayudaba en algo como compensación de alojamiento y comida. Un buen día se iba al monte, rozaba un rastrojo, sembraba maíz y yuca, levantaba en una esquina cuatro horcones, ponía techo de palma y paredes de bahareque, buscaba mujer, y ya era una familia más en aquella colonia de gente silenciosa. De vez en cuando caía por allí una comisión armada, pero en las casas sólo estaban las mujeres, los niños y algunos ancianos. No, nadie conocía los nombres que la lista mencionaba, podían estar seguros de que allí no vivían. Eran dos y tres días de monte, la comisión se iba y los hombres regresaban. La vida era pacífica, alterada sólo por noches de aguardiente y puñalada, sin que se cobraran ni pagaran muertes, porque allí no había autoridad constituida, ni nadie estaba interesado en constituirla. Aquel era un lugar de refugio.

No todos eran fugitivos de la justicia. Había también fugitivos del hambre, campesinos sin tierra de Boconó, parameños de las terroreras de Tuñame, Escorá y Las Mesitas, pobres diablos sin trigo de Pueblo Llano y Las Piedras. Aquí llegaban a talar montaña y a sembrar café, sin pedir permiso a nadie, sin plan, sin jefe, uno comenzaba allí donde terminaba el esfuerzo de otro, sin estorbarse, sin hablar, en las vegas de ríos y quebradas, monte adentro y cerro arriba. La extensión de las propiedades se medía por el esfuerzo de cada uno. Eran los excluidos del latifundio andino, los exilados del trigo merideño y del café trujillano. Hombres lampiños, de ojos entoldados y manos cuarteadas por el frío, manos incansables con el hacha y buenas para toda siembra, manos para fundar pueblos.

Un día llegaron cien hombres con sus mujeres, sus hijos y sus animales de carga y de labranza, cultivadores de café que huían de la guerra civil y de la hostilidad de caudillos locales. Al frente de ellos venía un

viejo de barbas en cascada sobre el pecho, hombros y espaldas de fortaleza bien guardada, y mirada a la vez severa y dulce bajo el torrente de las cejas. Era un caudillo vencido.

Sentado en la parte delantera de la silla de montar, recostado en su pecho y abrigada la cabeza con la barba del viejo, un niño mantenía despierta su fatiga. Al paso lento de los años, cuando se hiciera hombre y tomara mujer, éste sería mi compañero de viaje. Recostado en su pecho al principio, y jinete a su lado más tarde, yo también recorrería los caminos de una tierra que aquellos hombres domaron para quienes vendríamos después.

El viejo de la barba oceánica dio tierra a su gente, se estableció con sus parientes en el embrión de pueblo, construyeron plaza e iglesia y él ejerció hasta su muerte la única autoridad que aquellos hombres toleraban, la de la experiencia y el desprendimiento sin mengua de la fortaleza, probados en hechos de campesino sabio y visibles en aquella mirada a la vez severa y dulce bajo el torrente de las cejas.

TAN FUERTES ERAN LAS MANOS

Eran pocos los que tenían instrumentos de labranza, así que las manos deshierbaron y las púas abrieron el surco para la yuca, el maíz, la caña y el café. Las manos exprimieron la cocuiza y sacaron la fibra y la tejieron, levantaron casas y muros y sacaron del lecho del río piedras y lajas para el templo y para las calles y se hicieron manos fuertes como las rocas que arrancaban.

Cuando las rocas eran muy grandes barrenaban para ayudarse con la dinamita y una vez volaron por los aires brazo y mano y piedra juntos. "Recojan los pedazos, muchachos — ordenaba tranquilamente el mentado Luis Terán agarrándose el muñón — recójalos que no ha pasado nada, aquí está la otra mano y ya se amañará a trabajar un poco más".

Tan fuertes eran las manos que aquellos hombres tenían golpear con el puño cerrado y castigaban con la mano abierta como saludaban y como acostumbraban a entregar su lealtad. Con tosquedad, esas manos daban el amor y a veces también la muerte, ambas cosas con violencia y casi siempre en silencio.

CON EL TIEMPO

Cuando encontré a mi compañero de viaje, muchos de esos hombres habían muerto, pero conocí algunos todavía fuertes y activos. Ellos morían trabajando. Y conocí a sus mujeres y a sus hijos, imagen y semejanza de ellos. ¿Cómo podían ser tan fuertes si casi no comían? Recordándolos me he negado siempre a creer en la indolencia del mestizo, en la pereza del indio y en la flojera del campesino. Porque

los más encumbrados montaña arriba, los solitarios más altos en diaria pelea con la selva, esos se alimentaban con la raíz del guaje dulce metida en agua con ají y no supieron de sal ni de manteca y eran hombres que se abrían paso entre aceitunos, guayacanes y cedros.

A un Cadenas conocí que retozaba con un quintal de papas a través del páramo y a un Pablote, cortador de mapora y dueño de un solo buey con el cual se enyugaba para arrastrar la madera montaña abajo hasta el pueblo; y el Jacob Sarmiento, retaco y ancho como una loma, una vez le tiró una pescezada al jinete, pero se la pegó al caballo y derribó a los dos.

Los encontraba en los caminos, conversaba con ellos, gentes de poco hablar y mi compañero me contaba sus historias, y a veces alzaba un poco el velo de la niebla que los había empujado.

Con el tiempo vinieron las ausencias. A cada regreso había uno menos y algo sentía morírseme allá adentro. Guardé imágenes, historias, conversaciones y silencios que jamás murieron sino que se fueron quedando como parte viva y andante de mí mismo.

Un día volví para encontrarme con uno de ellos. Lo hallé muerto, pero era tan sereno el gesto de la cara, tan vigoroso aún el ceño adusto y tan a punto como de abrir los ojos, que aún parecía habitar la sangre por debajo de la piel morena. Era mi compañero de viaje que esta vez viajaba solo. Fui con él un trecho corto y no me fue difícil conversar porque, en otras ocasiones, cuando la jornada era larga y viajábamos de noche o bajo la lluvia pertinaz, con las negras cobijas sobre el hombro, hacíamos la travesía silenciosa como si conversáramos...

Es necesario ahora desandar los caminos y sentarse a conversar con las gentes, a su vera. Caminos nuevos se han añadido a los antiguos y hombres nuevos habitan las casas y trabajan las tierras de los que se fueron, pero las aguas de los ríos que bajan del páramo siguen corriendo por los viejos cauces: así la sangre de aquellos campesinos que fundaron en silencio una comunidad de hombres y compartieron un destino adverso en un lugar de refugio.

Porque ahora que estoy solo, y esto no me había sucedido, siento vergüenza de mis manos débiles y de mi escasa fuerza y veo que de tanto irme ya no soy imagen y semejanza de aquellos seres, sino silueta desteñida. Ahora me doy cuenta de que aquellas imágenes, historias, conversaciones y silencios, no sólo son parte viva en mí, sino lo único vivo en mi integral memoria.

Si no les doy vida se me van a ir muriendo y yo con ellas, más cuando son ellas las que están pidiendo alumbramiento, así que por miedo de quedarme yerto con la yerta dulzura con que uno muere en los páramos, de algún modo he de alumbrarlas, con la imperfección de las cosas que no han sido totalmente creadas por Dios ni por el hombre, sino por ambos.